

El umbral de la imaginación



RICARDO TORRES MEDRANO



La Plata, 2019



El umbral de la imaginación

RICARDO TORRES MEDRANO

© 2019

Edición del autor

Corrección literaria y maquetación: Esp. Analía Pinto

Índice

<i>Introducción</i>	4
<i>Clotilde Lasalle</i>	6
<i>La esencia del Aikido</i>	18
<i>La intención de Dios</i>	24

Introducción

De acuerdo con la Real Academia Española (RAE, 2019), la palabra 'cuento' proviene del latín *compūtus* que significa cuenta; es un sustantivo masculino, que hace referencia, en su primera acepción, a la «narración breve de ficción». Por otro lado, la palabra 'ficción', que también proviene del latín, *fictio*, *-ōnis*, es un sustantivo femenino, que, en su tercera acepción, se refiere a «la clase de obras literarias o cinematográficas, generalmente narrativas, que tratan de sucesos y personajes imaginarios».

El cuento comienza con una visión. Es una idea en forma de escena. Algo sucede, pero nada más. Luego se desvanece, y hay que recordarlo. Si es así, resulta necesario describir la visión. Pero esto sólo es el comienzo, ya que todavía no aparece el fin. Después, hay que descubrir qué sucede a partir del principio, pero, por lo general, eso no corresponde al autor, porque el cuento se expresa a sí mismo. En otras palabras, el cuento se desarrolla ciegamente, sin saber hacia dónde va. Y así, sin más, el cuento empieza su autodesarrollo y sigue su propia dirección. Sólo hay que elegir los personajes, la época, el lugar y el para qué, es decir, el sentido del cuento. Y esto último, quizás, es lo más importante ya que implica una responsabilidad frente al lector.

La Filosofía nos permite plantear mejores preguntas y conocer cada vez más y mejor; la Ciencia expande los límites de nuestro conocimiento, y amplía nuestro saber; la Religión orienta nuestras creencias; y el Arte brinda una visión subjetiva de la realidad. El cuento, en cambio, nos transporta a un mundo donde todo puede acontecer; y la Filosofía, la Ciencia, la Religión y el Arte conviven fraternalmente. Mediante el cuento, cruzamos el umbral donde los límites de lo posible superan lo imposible; y éste no es otra cosa que el de la imaginación.

Clotilde Lasalle

*Un cuento por caridad*¹

Las grandes estructuras de hierro del subterráneo brindaban un paisaje sobreprotector ante la posibilidad de un temblor o un ataque aéreo, pero también mostraban que uno estaba a merced de ellas y que, ante cualquier error de construcción, podrían convertirse en una tumba, impenetrable y permanente.

La gente esperaba con ansiedad la llegada del tren, mientras contemplaba la magnífica obra, lograda desde las entrañas de la tierra. Pero también, y sin dudas, pululaba una idea general que dominaba las conversaciones de los transeúntes: ¿Y si se inundan? ¿Y si las estructuras ceden ante los embates del río²? Lo cierto es que, para ellos, esos pensamientos pesimistas, en aquella tarde, no encontraban lugar debido al frío infrecuente.

Esta es la historia de Clotilde Lasalle que, dicen, aun puede verse en Buenos Aires; pero sólo en las noches, y cuando nieva.

¹ Fábula inspirada en M. L. S.

² El Río de la Plata.

Aconteció el 9 de julio de 2007, cuando Marlena, una hermosa niña de abundante cabellera, y de cinco años de edad, caminaba junto a su madre por las calles del centro de Buenos Aires. Miraban vidrieras y elegían regalos. Luego, y al cabo de algunas horas, cerca del histórico Cabildo, la madre se detuvo frente a un negocio de Avenida de Mayo para comprar golosinas. Miró a su alrededor para tomar la mano de su hija, pero vio que ella ya no estaba. Se asustó, pero al cabo de unos instantes, pudo volver a verla. Afortunadamente, seguía ahí. Marlena, extasiada, observaba algo frente a la vidriera de una juguetería. Entonces, su madre caminó tan rápido como pudo, y se detuvo frente a la niña. Vacilaba entre regañarla una vez más o agradecerle a Dios haberla encontrado sana y salva. En primer lugar, le habló con tono aleccionador, pero la niña no escuchaba; estaba atónita frente a un árbol en miniatura, mientras, desde el interior de la juguetería, se escuchaba una melodía encantadora. Y, además, era sabido que en el negocio nunca faltaba la música, ya que sus dueños eran aficionados a escuchar música clásica³ y la música popular que vivirá por siempre⁴. Era una tarde fría, muy fría, recuerdo. En aquella ocasión, pues, se escuchaba suavemente «La Danza del Hada de Azúcar»⁵.

La madre, al ver a la niña, y entender que no escuchaba sus reproches, decidió fijar la atención en aquello que Marlena miraba. En la vidriera había un árbol y ambas lo observaron durante algunos minutos. De pronto, la madre

³ Colección de Música Clásica del *Reader's Digest*.

⁴ Colección de Música Popular que vivirá por siempre del *Reader's Digest*.

⁵ «La Danza del Hada de Azúcar», *El Cascanueces*, de Пётр Ильич Чайковский (Piotr Ilich Tchaikovski).

entendió que ya era el momento para partir, pues el frío intenso de Buenos Aires advertía que la temperatura seguiría bajando aún más. Tomó la mano de la niña con el ánimo de iniciar el movimiento, pero notó de inmediato que la niña no quería moverse. Seguía impávida, mirando la vidriera.

—¡Vamos que ya es hora de regresar y hace mucho frío! —dijo la madre.

Pero la niña, no respondía; seguía allí, sin moverse.

—¡Vamos, vamos, que tenemos que regresar! —volvió a decir la madre.

Y al ver que la niña no respondía, su madre fijó la mirada en la misma dirección que lo hacía la niña. En eso, pudo ver que el objeto de atención no era precisamente el árbol. No; era otra cosa, algo que pendía de una de las ramas más altas. Y para cerciorarse de que ambas miraban lo mismo, la madre preguntó a la niña:

—¿Qué está mirando mi chiquita?

Y la niña, cerrando un ojo, sólo atinó a señalar el objeto con su dedo meñique. La madre, entonces, miró con detenimiento. En efecto; ahora ambas contemplaban lo mismo. Era un adorno con forma de niña. Pero, además, había algo raro en su rostro y, aunque parecía dormida, no expresaba nada. Y debo reconocer que no era eso, precisamente.

—¿La conocen? —susurró alguien.

Ambas, la madre y su hija, fueron sorprendidas por la presencia de un extraño, un hombre en situación de calle. De mediana estatura, edad avanzada y barba amarilla,

producida por la nicotina de los cigarrillos consumidos, y depositada durante décadas.

—¿Conocen a Clotilde Lasalle? ¿Saben qué le paso? —preguntó el desconocido.

—No, no —respondió la madre, mientras la hija miraba el raído saco del anciano.

—¡Me imaginé! —dijo el hombre mostrando una generosa sonrisa—. Puedo contarles la historia, pero sólo si me invitan a comer y a tomar algo caliente —agregó.

La madre de la niña, al ver que era un hombre inofensivo, accedió; aunque lo hizo por lástima, más que por curiosidad. Entraron a un restaurante ubicado unos metros más allá, justo en la esquina. Luego, caminaron siguiendo las indicaciones del mozo, que miraba con indiferencia a los nuevos clientes. Se quitaron los abrigos, se sentaron a la mesa e, inmediatamente, ordenaron café con leche y sándwiches para los tres.

—Voy a contarles una historia, aunque debo reconocer que es extraña —agregó el hombre.

—¡Me da miedo, mamá! —dijo la niña sobresaltada.

—No temas, querida —respondió la madre sonriendo.

—Esta historia también encierra una gran enseñanza, pequeña —replicó el hombre.

Y mientras la madre y su hija miraban con suma atención, el hombre, ya reconfortado con la cálida temperatura del restaurante, comenzó a hablar:

—Hace varios años, allá por 1918, existía una hermosa niña, como la que está sentada acá, llamada Clotilde, Clotilde Lasalle, a decir verdad. Vivía con sus padres, hacia

las afueras de Buenos Aires, en una hermosa mansión en el barrio de Belgrano. Ellos disfrutaban alegremente de la vida, ya que el padre gozaba de una elevada posición, económica y social, por ser un empleado jerárquico de una famosa empresa. Un sábado, como solía ocurrir, fueron a visitar a la abuela materna que vivía en San Isidro. Luego, y después del almuerzo, Clotilde fue a jugar al jardín de la casa con Ruperto, un cachorro de San Huberto, muy simpático, pero algo torpe. Lo cierto es que, en un momento dado, el perro corrió detrás de un gato negro que había aparecido en aquellos días; y, como era de esperar, Clotilde también siguió a Ruperto, alejándose varias cuadras de la casa de su abuela. Después, lamentablemente, Clotilde traspasó los límites de una casa derruida que, cuenta la leyenda, había pertenecido a una mala mujer. Pasados algunos minutos y, habiéndose puesto el sol, de manera extraña, comenzó a bajar la temperatura; e hizo tanto frío en aquella ocasión, que el cielo comenzó a tornarse gris, como del color del plomo. Podría decirse también que era el momento ideal para la implacable nieve; pero todos sabemos que no nieva en Buenos Aires. No obstante, Clotilde comenzó a sentir el rigor del clima, aunque sabía que no iba a regresar sin su querida mascota. «¡Ruperto, Ruperto! ¡Tenemos que volver! ¡Ruperto, Ruperto!», gritaba la niña. Y aunque Clotilde seguía buscando, el perro no aparecía —agregó el hombre.

—¡Qué feo! —dijo la madre de Marlina.

Luego, el anciano continuó su relato.

—Y así transcurrió el tiempo, con desasosiego y desesperación, hasta que Clotilde notó que comenzaba a anochecer, con lo cual sintió miedo y empezó a llorar —decía el mendigo, y miraba más allá de la ventana—.

«¡Ruperto, Ruperto! ¿Dónde de estás?» —la imitaba el anciano—. Mientras tanto, en la casa de la abuela, los padres de Clotilde vieron que era tiempo de regresar, y la dueña de casa fue la primera en darse cuenta de la silenciosa ausencia de Clotilde —agregó el anciano—. «Pero, ¿dónde está Clotilde?», preguntaba la abuela. «¡Debe estar jugando con Ruperto!», respondió el padre, despreocupado. «¡Qué raro, no la escucho!», dijo la madre. Entonces, decidieron salir al jardín para ir a buscarla. «¡Clotilde, Clotilde! ¡Nos vamos!».

La buscaban, pero Clotilde no aparecía y comenzaron a dar muestras de intranquilidad. «No puede estar muy lejos», dijo el padre, desconcertado. Y la madre, sin contestar, sólo atinó a mirarlo con sorpresa. «¡Clotilde, Clotilde! ¿Dónde estás?». Y Clotilde no respondía.

»Mientras tanto, en la casa derruida, Clotilde buscaba la manera para regresar, pero todavía no encontraba a Ruperto. De repente y pensando que el perro podría estar enredado entre los matorrales, comenzó a caminar dentro de la espesa y reseca maleza. De pronto, vio la cola de Ruperto, pero también notó cómo desaparecía inmediatamente. Entonces, quiso correr tras él, aunque con dificultad. Fue en vano; Ruperto había desaparecido otra vez, y Clotilde, en verdad, comenzó a sentir pánico. «¿Y Ruperto? ¿En qué lugar estoy?», pensaba Clotilde. Sin dudas, quería regresar; correr hacia la salida que ya no veía. Pero, ahora, no podía moverse. Sin dudas, estaba atrapada. ¿Cómo podía ser? ¿Qué la detenía? Era un encorvado y gigantesco abeto; en verdad, un *Picea pungens hoopsii*, conocido popularmente como «abeto azul», enclavado en el medio del misterioso jardín, y cuya punta casi tocaba el suelo. Sin embargo, tal fue la desesperación que logró zafarse. Sonrió con rabia, victoriosa, pero sólo por un

instante. Y con un enorme esfuerzo, intentó correr, al fin, hacia una salida que, lamentablemente, no estaba a su alcance. El abeto, sin querer, la había atrapado otra vez.

—¡Qué horror! ¡No lo puedo creer! —dijo la madre de Marlena, mientras abrazaba a su hija.

—Es cierto, aunque preferiría no tener que reconocerlo —dijo el anciano.

—¿Y entonces qué pasó? —dijo tiritando Marlena.

—¡Comenzó a nevar⁶! —exclamó el anciano.

—¿Cómo? —dijo, confundida, la madre de Marlena.

—Así es señora; aunque cueste creerlo —replicó el anciano—. Y Clotilde, con una firme voluntad, intentó correr, pero sin darse cuenta de que el extremo de una gran rama se había enredado en su abundante cabellera. Y así, cuando Clotilde quiso moverse, sintió que algo la retenía con firmeza. Pero no podía entender qué estaba sucediendo. Creyó que el abeto había cobrado vida, y una gigantesca mano de ramas la agarraba con firmeza. Después, asustada, la niña tropezó con un brote del abeto azul y cayó a un pozo que, si bien no era profundo, fue lo suficientemente peligroso como para que Clotilde quedara casi cubierta de nieve, con el terrible riesgo de comenzar, rápidamente, a padecer hipotermia. Sin dudar, quiso gritar una y otra vez, pero no pudo. Luego, el frío gélido cristalizó su aliento y, finalmente, la desmayó. Entonces, el abeto azul, que sí estaba vivo, en un esfuerzo desmedido, se alzó arrastrando a la pequeña Clotilde, para que no quedara sepultada debajo de la nieve. Y, en efecto, lo logró. E incluso, fue tal el impulso, que el árbol, ahora erguido, agotó toda su energía

⁶ Se registra en Buenos Aires otra nevada el 22 de junio de 1918.

vital para salvar a la niña; pero, por desgracia, quedó exhausto para devolverla al suelo, sana y salva. La nieve siguió cayendo, sin prisa, sin pausa, silenciosa y mortal; y ambos, la pequeña Clotilde Lasalle y el abeto azul, quedaron finalmente congelados.

Marlena dejó de comer y sólo abrazaba a su madre. Entonces el anciano continuó:

—Al cabo de unas horas y dado que Clotilde no aparecía, sus padres decidieron llamar a la policía. Desafortunadamente, siguió nevando; raro en Buenos Aires, pero no imposible. La policía, y esto hay que reconocerlo, puso todo su empeño para seguir buscando a Clotilde durante la noche.

—¿Y después? —preguntó la mamá de Marlena.

—La temperatura siguió bajando hasta alcanzar niveles inusuales —dijo el anciano.

—¿Y qué pasó con Clotilde? —atinó a preguntar Marlena.

—Finalmente, quedó congelada. Y, además, el cuerpo estaba tan escondido que jamás pudieron encontrarlo. Recuerdo que fue horrible —agregó el anciano—. Pasó el tiempo y la causa judicial fue archivada; y acerca de la desaparición de Clotilde Lasalle nunca nadie supo nada.

—¿Y entonces? —preguntó la mamá de Marlena.

—Lo cierto es, según dice la leyenda, que, debido al frío inusual de aquel día, Clotilde sufrió un congelamiento desmedido; y, por tal motivo, su frágil cuerpecito se vio reducido enormemente, casi al tamaño de un adorno para árboles de Navidad —agregó el anciano.

De pronto, el anciano debió interrumpir su relato cuando el mozo de la confitería preguntó:

—¿Van a tomar algo más?

—No, no —dijo la mamá de Marlena.

—¿Le traigo la cuenta, señora? —preguntó el mozo.

—Sí; gracias —respondió, mientras la niña miraba a su alrededor.

Luego, todos hicieron silencio, mientras la señora abría su cartera y elegía un billete para pagar. En eso, llegó el mozo con la cuenta. Recibió el dinero y dijo:

—Ya le traigo el cambio —indicó, especulando con que la mamá de Marlena le dejaría la diferencia.

Y así fue, pues ella agregó:

—Está bien, el cambio es suyo —respondió.

—Gracias, muy amable —agregó el mozo.

—Muy interesante —comentó la señora dirigiéndose al mendigo.

—Sabía que les iba a interesar; pero todavía no les conté el final —dijo el anciano.

—¿Ah sí? ¿Y cuál es? —preguntó la señora.

Y el hombre, después de terminar de ponerse el raído abrigo, dijo:

—El asunto es que pasaron los años y la casa donde acontecieron los tristes sucesos que involucraron a la pequeña Clotilde Lasalle fue vendida. Los nuevos moradores decidieron hacer refacciones en general. Arreglaron el techo, las habitaciones, y hasta se propusieron limpiar el inmenso jardín. Pero cuando encontraron el abeto azul, vieron que era desmedidamente grande; con lo cual, decidieron, luego de arduas discusiones, derribarlo a

como diese lugar. Lo intentaron una y otra vez; pero, por diferentes motivos, la tarea fue infructuosa. Y esto no es todo; la historia no termina aquí —continuó el anciano.

—¿No? —preguntó la señora mirando su exclusivo reloj.

—No, no, señora. Apenas sólo pudieron despuntar aquel gigantesco abeto azul. Sin embargo, luego de un tiempo, y durante una gélida noche, como la de hoy, dicen algunos moradores de aquella zona, que, luego de la desaparición de Clotilde Lasalle, pudieron ver en lo alto del árbol, a una pequeña muñeca, o adorno navideño, pendiendo de una de sus ramas.

La mujer miró sorprendida al anciano, como si buscara en sus ojos que todo se trataba de una excusa para tener una comida, a modo de merienda y cena. Algo así como un intercambio y nada más. Pero en los ojos del anciano sólo se encontraba la cruda verdad; era cierto, definitivamente. Aquella trágica tarde, la pequeña Clotilde Lasalle había quedado enredada, desde sus cabellos, en el abeto azul.

Luego, a la salida de la confitería, y sin decir palabra, la madre miró a su hijita con ojos sobreprotectores.

—Por eso, señora, durante las noches de frío intenso, como si fuera nevar, y cuando la luna es brillante, como para tener una visión nítida en la oscuridad, dice la leyenda que es posible ver la silueta de Clotilde Lasalle. Pero lo raro del asunto es que no hay expresión alguna en su rostro; más bien es el semblante de una niña que duerme tranquila durante el eterno descanso de la muerte —concluyó el anciano.

—¡Vamos, vamos, Marlina! ¡Se nos hace tarde! —dijo apresurada la señora.

—¡Fue un placer charlar con ustedes! —agregó el anciano.

Y sin decir palabra, la señora simplemente sonrió.

—¡Muchas gracias por todo! —dijo el anciano.

—Fue sólo una merienda —agregó la señora.

—Créame, señora, que para mí fue mucho más que eso —replicó el hombre.

—Sin embargo, hay algo que no entiendo en este asunto —expresó la mujer.

—¿Qué cosa? —preguntó el anciano.

—Usted dijo que la historia encierra una gran enseñanza; pero no alcanzo a verla —preguntó con suspicacia la señora.

—¡Qué memoria! La enseñanza es acerca de la caridad con los pobres —dijo el anciano.

—¿Cómo es eso? —preguntó la mujer sonriendo levemente.

—Precisamente. Ustedes han hecho una donación de tiempo y dinero para dar de cenar a un hombre como yo. Quizás, están muy lejos de saber cómo se padece el hambre y el frío durante las noches como esta. La merienda, como dijo, representa para mí una opípara cena. Señora, usted ha sido muy generosa y, en verdad, se lo agradezco inmensamente —dijo el anciano.

La mamá de Marlena permaneció en silencio durante algunos instantes, mientras miraba a su hijita. Seguidamente, volvieron a despedirse con amabilidad. Pero en esta ocasión, ya podía verse, en la mirada de la señora, un gesto de ternura y comprensión. Luego, la señora tornó su rostro como de costumbre, sobrio y formal. Sus ojos buscaron la dirección a seguir. Miró hacia allá, a la distancia.

Tomó la mano de la niña con firmeza y comenzó a caminar sin vacilar. Y mientras la señora y Marlena se alejaban apresuradas antes de que la noche se cerniese sobre ellas, el anciano sonriendo generosamente les gritó:

—¡Y recuerden abrigarse esta noche, señora!

Al escuchar, la mujer dirigió su mirada hacia el hombre una vez más.

—¿Cómo dijo? —preguntó ella.

—¡Sí, sí; porque seguramente va a nevar!

Y la mujer sonrió dedicándole el último adiós, mientras hacía un esfuerzo inmenso para contener las lágrimas, al comenzar a comprender a aquellos que sufren ante la impotencia de no poder y no saber cómo hacer para cambiar sus vidas.

Y en eso pareció caer el primer copo de nieve en el rostro de Marlena. Era una tarde fría, muy fría, recuerdo. En aquella ocasión, pues, se escuchaba suavemente «La Danza del Hada de Azúcar».

La Plata, octubre de 2015.

La esencia del Aikido

Cuenta otra leyenda que, un día, un reconocido *sensei*¹ de Aikido², decidió elegir, entre sus discípulos, a uno para que oficiara de asistente personal. El elegido tendría como tareas, por ejemplo, mantener limpio el *tatami*³, encargarse de comprar y hacer la comida, hacer las tareas de limpieza del *dojo*⁴, mantener la economía doméstica, etcétera. A cambio, el discípulo tendría el privilegio de vivir en el dojo, acompañar al *sensei* en sus viajes, tener prácticas constantes y exclusivas, y recibir las enseñanzas que su *sensei* guardaba celosamente.

Para ello, durante una mañana reunió a todos los discípulos y les dijo que la próxima semana iba a hacer una selección y que, de todos ellos, solamente elegiría a uno.

Cuando los discípulos escucharon de la boca de su *sensei* tal ofrecimiento, quedaron sorprendidos. Luego, el *sensei* les dijo que haría una sola y la misma pregunta. A saber: ¿Cuál es la esencia del Aikido?

¹ La palabra *sensei* significa en japonés «maestro».

² Arte marcial tradicional del Japón, que significa «camino de la armonización con la energía».

³ Esteras que cubren el suelo.

⁴ Casa o ámbito donde se realizan las prácticas de artes marciales japonesas.

Poco tiempo pasó para que los discípulos, con el objetivo de preparar su examen de la mejor manera posible, corrieran a buscar información acerca del asunto.

Posteriormente, las clases de Aikido continuaron de manera normal. La diferencia con otros días era notable ya que el tatami estaba siempre lleno de discípulos. Parecía que todos hubiesen sentido un contagioso entusiasmo para tratar de desentrañar, desde la más recóndita profundidad, cuál es la esencia del Aikido.

Otros también comenzaron a leer textos escritos por afamados escritores y célebres comentaristas, pues el tiempo apremiaba y, pronto, el sensei haría la importante y tan sugestiva pregunta.

Al final, y transcurrida la semana, el sensei reunió a todos sus discípulos para preguntarles cuál, a criterio de cada uno, era la esencia del Aikido.

Los discípulos se sentaron formalmente pero el sensei les pidió que lo hicieran de manera distendida, pues el encuentro no significaba un examen sino, más bien, una prueba de esclarecimiento.

Y así, todos reunidos en un círculo casi perfecto, esperaban que el sensei hiciera la pregunta.

Entonces comenzó con el que se encontraba a su izquierda, ya que era el alumno más antiguo.

—Pues bien, ¿qué opinas acerca de la esencia del Aikido?
—preguntó el sensei.

El discípulo sonrojado por verse en semejante situación, y con el ánimo de satisfacer a su sensei, comenzó a hablar acerca de los orígenes del Aikido relacionando la historia de las artes marciales japonesas con la esencia del Aikido.

Luego de algunos minutos, cuando el discípulo terminó su exposición, el sensei le dio las gracias para continuar, seguidamente, con quién estaba a la izquierda del primero.

—¿Y para ti? ¿Cuál es la esencia del Aikido? —preguntó el sensei.

Éste, en cambio, comenzó a hablar de los grandes maestros de Aikido, también con el ánimo de relacionar biografías selectas con la esencia del Aikido.

Luego siguió otro, quien prefirió hablar de las fuerzas oponentes y afines, tratando de relacionar la biofísica con la esencia del Aikido.

El siguiente habló del mundo espiritual, con el ánimo de relacionar las religiones orientales con la esencia del Aikido.

A su tiempo, otro discípulo comenzó a hablar de interpretaciones y puntos de vista destacados, con el ánimo de relacionar la sabiduría oriental con la esencia del Aikido.

Posteriormente siguió otro, quien optó por hablar de los beneficios para la salud, tratando de relacionar la medicina con la esencia del Aikido.

Y así siguió el próximo, quien eligió hablar de la conciencia de la práctica, tratando de relacionar la psicología con la esencia del Aikido.

A continuación, siguió otro, quien señaló la experiencia social, tratando de relacionar la sociología con la esencia del Aikido.

Luego, el siguiente, prefirió hablar de los beneficios corporales, tratando de relacionar la educación física con la esencia del Aikido.

Y así transcurrieron los minutos mientras los discípulos exponían el fruto de sus estudios y opiniones personales.

Al final, el sensei vio que sólo quedaba un discípulo; el último, quien, mientras escuchaba a sus compañeros, únicamente miraba hacia abajo.

Entonces el sensei le hizo notar que sólo restaba él. Y así le preguntó:

—¿Cuál es, a tu modo de ver, la esencia del Aikido?

Y el discípulo, sin dejar de mirar el tatami, no respondió. Ello significaba casi un desafío, pero el discípulo permaneció en silencio.

—¡Eh, tú! ¡Pregunté cuál es la esencia del Aikido! ¿Por qué no respondes? —inquirió el sensei.

E, inmediatamente, el discípulo abrió sus ojos y dijo:

—Porque no lo sé, maestro.

—¿Cómo? —volvió a preguntar el sensei.

—No lo sé —insistió de nuevo.

—Pues bien, las preguntas han terminado —dijo el maestro.

Y con esa última aclaración, el sensei dio por finalizado el encuentro. Entonces, el alumno más antiguo preguntó:

—Sensei, ¿cuál es, finalmente, el elegido?

Y el sensei se vio en el compromiso de tener que dar una respuesta.

—Por ahora, todos pueden retirarse, menos uno —dijo el sensei.

—¿Quién? —preguntaron casi todos.

—El último que habló —dijo el sensei solemnemente.

—¡Cómo! dijo un discípulo.

Y sin dejar pasar un instante más, los discípulos comenzaron a preguntar:

—¿Cómo puede ser que, si algunos de nosotros, hemos hablado de historia de las artes marciales japonesas, de biografías, de biofísica, de religiones, de sabiduría oriental, de medicina, de psicología, de sociología, y hasta de educación física, usted elija a quien solamente pudo decir que no lo sabe? —increpó uno de ellos al sensei.

—¡Justamente por eso mismo! —respondió el sensei.

Bastaron estas palabras para que todos los discípulos permanecieran en silencio, mirándose, con disconformidad, los unos a los otros. Pero, indudablemente, esperaban alguna aclaración. Y en efecto, el sensei luego dijo:

—Cuando les pregunté a todos ustedes acerca de cuál es la esencia del Aikido, es cierto que hablaron de varias disciplinas; pero desviaron el objeto de la pregunta. Y todo ello no ha sido suficiente porque ustedes hablaron acerca de cómo es el Aikido, cómo se manifiesta y hasta cómo lo perciben. Pero yo sólo les pregunté cuál es la esencia del Aikido. En otras palabras, les pregunte acerca del *qué* y ustedes respondieron acerca del *cómo*.

—¿Y por qué eliges a quien no habló acerca ni del qué, ni del cómo? —preguntó desconcertado otro discípulo.

Y el sensei respondió:

—Porque ustedes hablaron en relación a cómo lo perciben, o en relación a qué disciplinas está emparentado.

Y luego, el sensei agregó:

—Comúnmente solemos decir que el Aikido es una filosofía de vida, un sistema de salud física, mental y espiritual; un medio para llevar adelante una lucha contra nuestras propias limitaciones; y, también, una excelente modalidad para evitar el conflicto. Parafraseando a O' Sensei Morihei Ueshiba, el fundador del Aikido, además del Arte de la Paz⁵, es un camino para ser, estar y vivir en armonía. La esencia del Aikido, en cambio, es aquello que hace que sea Aikido y no otra cosa; es lo que constituye su naturaleza permanente e invariable. Por lo tanto, la esencia del Aikido es inefable y, en consecuencia, no puede ser expresada en palabras. Es la elocuente expresividad a través del silencio. Es una práctica personal que sólo puede ser experimentada y comprendida por cada practicante. Por lo tanto, quienes respondieron, aún no perciben la diferencia entre el qué y el cómo; mientras quien dijo no saber, ése discípulo, y aunque él mismo aún no lo sepa, está precisamente frente a las puertas de la esencia del Aikido.

La Plata, febrero de 2017.

⁵ UESHIBA, MORIHEI. (2009). *El Arte de la Paz*. Barcelona: Kairós.

La intención de Dios

(Un cuento de una sola palabra)¹

Crear.

¹ Este cuento corto por antonomasia, se sitúa en el momento en que Dios afirma para sí mismo su propia determinación creadora. Significa el pensamiento inicial, la idea, el propósito, la voluntad y la decisión de Dios de iniciar la creación. Por esto, se sitúa antes del mañana, antes de la historia, antes del pasado, antes de la inspiración, antes de las virtudes, antes de los vicios, antes del *logos*, antes de los mitos, antes de la culpa, antes de la muerte, antes del pecado original, antes del Génesis, antes del Universo, antes del tiempo, antes del espacio, antes de la creación, antes de la acción, antes del principio, antes de la nada, antes del silencio, antes de la eternidad, antes de los ángeles, antes del todo, antes del pensamiento, en el Uno Primordial, en el Motor Inmóvil, en el Verbo, en el Amor, en el Ser. Fue entonces, en ese preciso instante, en la Verdad, *Lux Aeterna*, la intención de Dios.